



1

La migración asiática en el Virreinato de la Nueva España: un proceso de globalización (1565-1700)

Maricruz Piza López²

.....

La autora de la obra que se reseña, Déborah Oropeza Keresey, puso la mirada en los “indios chinos”, categoría ambigua utilizada en la Nueva España para denominar a las personas originarias de Asia y los territorios del *Estado da India* de Portugal, y una minoría que había permanecido en los márgenes de la historia transpacífica de la monarquía hispánica. Antes de ser un libro, esta investigación vio la luz en 2007 como tesis doctoral en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. La obra cuenta con una importante revisión historiográfica y una exhaustiva investigación en grandes acervos documentales como el Archivo General de Indias, el Archivo General de la

¹ Oropeza Keresey, D. (2020). *La migración asiática en el Virreinato de la Nueva España: un proceso de globalización (1565-1700)*. México, El Colegio de México.

² Licenciada en Historia, estudiante de la Maestría-Doctorado en Historia, El Colegio de Michoacán, México. Email: piza.17@hotmail.es

Nación y el Archivo Histórico del Municipio de Colima. Desde entonces, ha sido un referente de consulta obligada para quienes estamos interesados en la migración asiática en la Nueva España. Así lo han demostrado Paulina Machuca, Matthew Furlong o Tatiana Seijas, cuyas investigaciones se han nutrido del propio trabajo de Oropeza. De estos análisis en torno al proceso histórico de la integración de los migrantes en tierras novohispanas, se han desprendido algunas líneas de investigación, tales como la situación económica, jurídica, social y cultural de los “indios chinos” y su inserción en una sociedad cosmopolita como la de la Nueva España. Es por ello que, si bien la obra de Oropeza Keresey se inscribe en la historia social, es flexible ante la mirada de una amplia variedad de perspectivas historiográficas.

Con un lenguaje asequible, la importancia de esta obra parte de la identificación de aproximadamente 7,200 migrantes asiáticos que ingresaron y se diseminaron en el territorio novohispano durante el periodo de 1565 a 1700, gracias a la ruta transpacífica de la nao de China. Con lo anterior, el texto pone de relieve el carácter global que el tornaviaje imprimió en estos territorios al establecer conexiones de manera casi permanente. Intercambios que no sólo fueron comerciales, sino que significaron una segunda ola migratoria en la historia de Nueva España, que a su vez influyó en la reconfiguración de esta sociedad compleja, cosmopolita y heterogénea, donde convivían personas de los cuatro continentes.

A lo largo de seis apartados, el trabajo de Oropeza Keresey desarrolla la odisea migratoria de los “indios chinos” desde Filipinas a la Nueva España y su establecimiento en estas tierras. Si bien algunos de ellos retornaron al archipiélago, la autora estudia el proceso de integración en la sociedad novohispana de los que se quedaron, y todos los retos y debates que esto significó tanto para ellos como para las autoridades virreinales. Más aún, estudia el fenómeno de la esclavitud ejecutado por esta vía transpacífica, así como la influencia y las transformaciones realizadas por estos “indios chinos” en el territorio.

En primer término, la autora cuestiona el trasfondo de la migración transpacífica proveniente de las islas Filipinas, en donde se reproducía la colonización española, sus instituciones administrativas, civiles y religiosas. Manila era el centro comercial asiático de varios siglos de tradición interregional que, bajo el dominio del Imperio español, atrajo a comerciantes de regio-

nes cercanas, como los portugueses, sangleyes y japoneses, con bienes y esclavos para su venta. Esta estructura permitió el establecimiento español, la explotación de los nativos, su evangelización y su reconocimiento como vasallos de la Corona. Pero al sur del archipiélago se libraron batallas entre cristianos y musulmanes, estos últimos nativos filipinos convertidos al islam, a quienes después de varios combates, los españoles lograron arrebatar prisioneros en guerra justa para mano de obra esclava. Todo esto devino en un importante debate jurídico y económico que duró más de cien años.

Al mismo tiempo, en la Nueva España se organizaba el comercio transpacífico. Desde la década de 1570, las autoridades virreinales establecieron reglamentaciones e instituciones en el puerto de Acapulco para el desarrollo de esta actividad y las dinámicas de la nao. Sus repercusiones no sólo serían económicas, pues en distintos viajes a bordo del navío y como parte de la tripulación, sirvientes, comerciantes o calafates, se trasladaron alrededor de 3,360 viajeros libres, mayormente filipinos. Cifra que, sin embargo, está sujeta a modificaciones según se realicen nuevas investigaciones, puesto que Oropeza sugiere que bien se pudo tratar de muchos más. Al ser originarios de distintas regiones de Asia —que los contemporáneos reconocían como “China” — y las Indias Orientales, fueron llamados “indios chinos” o “chinos” indistintamente al arribar a la costa novohispana. Categoría que suscitaría confusiones jurídicas, sobre todo para quienes permanecían en la Nueva España, algunos de ellos laborando en las actividades portuarias de Acapulco e incluso en la construcción de edificios junto a indígenas, negros y mulatos. Otros más, seguían el camino rumbo a la ciudad de México para comerciar o dedicarse a diferentes labores. Pero además de esta constante, también arribaron asiáticos que formaban parte de embajadas japonesas, o los lascars, marineros de origen moro.

El texto muestra el otro contingente de “chinos” que entró por esta vía, esclavos y esclavas nativas de diversos puntos del sureste asiático y el *Estado da India*. Por el océano Pacífico se regularizó un comercio que trajo consigo alrededor de 3,776 esclavos “chinos”. Si bien los primeros esclavos en llegar fueron rechazados debido a que no existía una reglamentación por parte de la Corona, esta práctica fue vista después con buenos ojos debido a la escasez de mano de obra indígena. Sumado a esto, el

precio incentivó este tráfico, pues un esclavo “chino” era más económico que un negro, con todo y que por Acapulco también arribaron personas del este de África, debido al comercio esclavista portugués desarrollado en Filipinas. Aunque muchos de ellos permanecieron en estas latitudes, otros fueron trasladados a otras partes de América e incluso Europa.

Oropeza Keresez demuestra que, gracias a las similitudes geográficas entre Filipinas y el litoral novohispano, los “indios chinos” que se quedaron, introdujeron y compartieron sus conocimientos agrícolas, entre otros, del cocotero, llegado a Colima en 1569 proveniente de Asia. Con ello, rápidamente se desarrolló la industria del vino de cocos, cuyo impacto económico suscitó quejas entre los comerciantes de vino de Castilla y luego, una serie de debates entre las autoridades para discernir si esta producción continuaba o no. Así también se explica la manera en que se dispersaron e incorporaron de manera activa y, mediante el fenómeno de la exogamia, se mestizaron con nativas y negras del litoral del Pacífico novohispano, siempre enfrentando retos jurídicos y sociales.

Tal fue la incidencia de “indios chinos” que llegaron a crear sus propios núcleos poblacionales, e incluso, a tener sus propias autoridades civiles que poseían “vara de justicia” y administraban sus causas civiles y criminales. Cabe destacar que mientras en Colima estas personas vivían en condición de trabajadores libres, en Acapulco dominó el sistema de peonaje mediante el cual, los “indios chinos”, se vieron sometidos a sus patrones casi de manera esclava. Aunque existieron casos en los que algunos “indios chinos” lograron ascender en la escala social. Así, ayudaron a consolidar el universo de la costa novohispana.

Por otro lado, en la ciudad de México se desarrollaría un nuevo foco de integración de los “indios chinos”, tanto esclavos como libres. Éstos llegaron allí en busca de oportunidades para mejorar sus condiciones de vida; unos laboraron en los obrajes textiles, algunos comerciaron con otras regiones del virreinato y otros fueron barberos. Dada su identidad ambigua, de vasallos de la Corona pero no nativos de América, estos “chinos” oscilaron dentro de la organización de castas, lo que se reflejó en las formas de habitar la ciudad, las instituciones jurídicas a las que acudían y, en el mejor de los casos, el provecho que sacaron para esquivar las tributaciones que cumplían los indígenas naturales. Pero también las esclavas y esclavos “chinos” participaron en la

ciudad de México, en su mayoría, destinados al servicio doméstico en conventos y casas particulares, pues eran símbolo de estatus y buena posición para sus amos. Situación que no duró mucho, pues si ya desde el archipiélago se pondría en duda la legalidad de la esclavitud de los “chinos”, en Nueva España las autoridades civiles y eclesiásticas apelaron a la condición de vasallos para su liberación formal desde la década de 1670.

Al igual que en la costa, en la capital del virreinato los “indios chinos” configuraron relaciones sociales con personas de los cuatro continentes, modificando el concepto de “indio” y reconociéndose como parte de un todo que rebasaba incluso el océano Pacífico. Algunos de ellos, provenientes de las élites del Sureste asiático, lo cual se mostró a través de su nivel de educación, pues algunos pudieron llevar cuentas, sabían leer y escribir, en tagalo o castellano, según su convivencia con españoles en el archipiélago. Una experiencia de integración social parecida se presentó en regiones como Puebla, e incluso más allá del virreinato, en Perú, con sus respectivas particularidades.

En el último apartado, la autora rescata los trabajos de otros investigadores sobre las influencias asiáticas culturales en los estilos estéticos del arte novohispano e incorpora hallazgos propios. Estudia la introducción y cuestiona en qué medida los “indios chinos” compartieron sus conocimientos sobre técnicas, tradiciones, objetos y herramientas correspondientes a la agricultura como el cultivo y explotación del cocotero y el arroz; la gastronomía a través del manejo de especias y diversas recetas que modificaron la cocina novohispana. Sin duda, en las costas mejoraron las técnicas navales mediante la incorporación de las habilidades marineras de los filipinos. Asimismo, las transformaciones que produjeron estos intercambios transpacíficos en la indumentaria y menaje en la Nueva España.

La obra de Oropeza Keresev ofrece una minuciosa reconstrucción del proceso migratorio de los llamados “indios chinos”, asiáticos que arribaron a la Nueva España a bordo de la nao de Filipinas desde 1565. En esta temprana globalización, la autora sigue las huellas de estos personajes y recorre todo el siglo XVII para comprender su experiencia a la hora de integrarse social, económica, jurídica, religiosa y culturalmente en el territorio novohispano. Algunos supieron hacer uso de su bagaje cultural para encajar activamente, en especial en la costa del Pacífico y la ciudad de México. Espacios donde incidieron y transformaron

no sólo la configuración social de la sociedad novohispana, sino también su cotidianidad al ponerla en contacto con migrantes proveniente del Sureste Asiático y el *Estado Da India* que se establecieron en Salagua y Acapulco, principalmente. Todo ello hasta 1700, cuando esta ola migratoria comenzó a disminuir como resultado de las Reformas Borbónicas, si bien este flujo mermó poco antes, desde 1672, año en que fue abolida la esclavitud de los “indios chinos”.